

Norteamérica. Esta reunión fue un primer paso importante para la integración latinoamericana en dicha red internacional, que garantiza la puesta al día en la materia y los contactos académicos individuales e institucionales.

En este I Congreso se logró constituir una red de coordinadores internacionales, con la vinculación de 19 países latinoamericanos: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Cuba, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, El Salvador, Uruguay, Venezuela y tres europeos: España, Francia y Portugal, que promovieron la organización y difusión del evento.

Esta reunión sirvió para iniciar la búsqueda de mecanismos que van a facilitar la continua comunicación y difusión de los trabajos que se adelantan en este campo, lo cual permitirá la realización de nuevos encuentros académicos, como el ya previsto, del II Congreso, para 1994, que contribuirá a la consolidación de la comunidad científica en Historia de la Educación Latinoamericana.

En este I Congreso los investigadores de los 22 países participantes presentaron 185 trabajos que se expusieron en quince simposios, cinco paneles y una mesa redonda, que correspondían a las seis sesiones generales del Congreso.

El tema de la «historia de las instituciones educativas» se analizó en uno de los simposios, intercambiándose información sobre el avance de las investigaciones historiográficas acerca de las universidades Latinoamericanas.

Un gran número de ponencias se enmarcaron en la historia de la política educativa y de la sociedad Latinoamericana. Los trabajos que se presentaron analizaron cada país y una época determinada. Similar tendencia se encontró en los trabajos de historia de las ideas y movimientos pedagógicos.

Trabajos novedosos y en algunos casos pioneros se presentaron en el tema de la Escuela Nueva en América Latina; sin embargo la bibliografía sigue siendo escasa con metodologías que logren discernir entre lo que se recibió y lo elaborado autonomamente.

Las tendencias conceptuales y metodológicas que se presentaron replantearon categorías y conceptos en la historia de la educación teniendo como base experiencias concretas.

Asistió al Congreso el presidente de la Asociación española de historiadores de la Educación, Dr. Julio Ruiz Berrio. La conferencia inaugural la impartió el Dr. Jaime Jaramillo Uribe y la de clausura el Dr. Claudio Lozano. El evento fue coordinado por la Dra. Diana Soto Arango.

DIANA SOTO ARANGO

VI JORNADAS DOCENTES UNIVERSITARIAS DE HISTORIA DE LA EDUCACIÓN San Juan, Argentina, 23 al 25 de setiembre de 1992

Frente a la complejidad de la sociedad actual y sus visiones apocalípticas que enfatizan las características de un tiempo cuyo eje parece ser el «fin de la historia», contribuyendo notablemente al desánimo colectivo, a la apatía y el escepticismo; frente a un mundo con síntomas de mercantilización de su producción te-

órica y científica; frente a todo ello, la revalorización de las humanidades y las ciencias sociales, la recuperación de la historia como referente en la interpretación del presente y la construcción del futuro, se torna necesaria e imprescindible.

No es poco, en momentos en que la educación atraviesa por una grave crisis, poder señalar que son estas ya las VI Jornadas Nacionales que llevamos a cabo quienes nos encontramos abocados al campo de la Historia de la Educación; no es poco contar con el auspicio de 10 universidades nacionales y cinco privadas; de la Cámara de Diputados, la Municipalidad de la Ciudad de San Juan y el Ministerio de Educación de nuestra provincia; no es poco haber recibido inscripciones de 72 alumnos que se suman a la participación en nuestro evento académico, y más aún, el de 134 docentes e investigadores, que a pesar de la situación salarial por la que atraviesan, siguen adelante venciendo la «*perplejidad*» de la que nos hablara Habermas, para recrear «*el oasis de la utopía*»; no es poco poder decir que hemos recibido 60 ponencias, que constituyen un pormenorizado barrido de temáticas, tendencias, tiempos y espacios, distintas perspectivas que coexisten —afortunadamente— en el mundo académico.

Sesenta trabajos que abarcan desde las reflexiones sobre la enseñanza de la Historia, hasta las recreaciones de nuestros investigadores sobre la paideia griega; desde las visiones críticas de nuestra historia regional, hasta los elementos más universales de la cultura occidental; desde enfoques que pretenden interpretar el nuevo mundo —de expectativas y miserias, de desencantos y entusiasmos— que se abre en el Este europeo, hasta los revisionismos históricos de nuestras raíces sarmientinas, pasando por el análisis de los complejos procesos educativos latinoamericanos desde enfoques que oscilan desde las visiones indigenistas que intentan reinterpretar el sentido de la conquista, resaltando su secuela de violencia y dominación, hasta aquellos que pretenden una revalorización de las corrientes «evangelizadoras».

Historiar la educación, desentrañar las madejas del devenir, superar las visiones decimonónicas que elevaron el dato a la categoría de fetiche, recuperar aquello que ya decía en 1928 Ortega y Gasset en su prólogo a las lecciones sobre filosofía de la Historia Universal de Hegel: «*Los datos son lo que es dado a la ciencia —esta empieza más allá de ellos— Ciencia es la obra de Newton o Einstein, que no han encontrado datos, sino que los han recibido o demandado. Parejamente, la historia es cosa muy distinta de la documentación y la filología*». He aquí el desafío: historiar nuestra cultura y nuestras ideas, porque hoy, historiar la escuela, como en 1928, no significará nada si permanece en el «*supuesto absoluto de la verdad histórica de los 'hechos'*», sin trascender hacia el campo de la explicación y la proyección.

No escribiremos «la» historia de la educación, no queremos escribir «la» historia, preferimos avanzar hacia interpretaciones que siempre admitirán puntos de vista; no queremos la historia acabada, definitiva, queremos poder seguir admitiendo la diversidad, queremos seguir enriqueciéndonos de otras perspectivas; de otras experiencias que indaguen sobre tantas historias no escritas, porque como dice Foucault «*Por detrás de la historia atropellada de los gobiernos, de las guerras y de las hambres, se dibujan unas historias, casi inmóviles a la mirada, historias de débil declive*».

Este ha sido el camino hasta ahora de una historiografía creciente en la Argentina y en latinoamérica. Este ha sido el aporte de Tedesco, de Weinberg, de Braslavsky,

o de Puiggrós; por sólo nombrar algunos de nuestros académicos más significativos, y sin que esto nos haga caer en la parcialidad de la exclusión de tantos otros. Otros que son muchos de los que se han convocado en estas Jornadas, para intercambiar los avances, para intentar dar respuestas desde la historia, no simplemente a un evento científico; respuestas al futuro, respuestas a nuestra gente y su angustia educativo-cultural, frente a un mundo cada vez más segmentado, frente a un mundo que, como afirma Neidson Rodríguez, se divide cada vez más entre «*los que saben y los que no saben*», como producto de complejas estructuraciones sociales que incluyen la responsabilidad de la escuela, escuela ésta que no entenderemos si no apelamos a la historia; para indagar sobre nuestra cultura, cultura que no entenderemos si no apelamos a la historia, porque como señalara Weinberg «*explorar el papel de la educación en la historia latinoamericana no es sólo importante sino revelador, y por eso excede en mucho el de sus instituciones o realizaciones específicas, pues debe vérsese a la luz de una pluralidad de dimensiones*».

Paradójicamente la Argentina, un país donde ha sido recurrente la pérdida de la memoria, ha dado a latinoamérica y al mundo excelentes historiadores de la educación, de las ideas y de la cultura. Es nuestro desafío comenzar a cerrar esa brecha; aquel «*agujero en la memoria*» del que nos hablara un oscuro personaje de Cortázar; como la otra brecha, la que se abre entre la Academia y la sociedad. Ese abismo que posibilita una Universidad que se da el lujo de producir Premios Nobel, mientras las necesidades básicas siguen insatisfechas. La Universidad que se da el lujo de producir historia de la educación mientras el sistema educativo se debate en los límites de su existencia. Esta fuerte dicotomía de la sociedad argentina, que a menudo ha rayado en una patología esquizoide, debe ver su fin. Es desde esta perspectiva que valorizaremos nuestra propia actividad, en la medida de su utilidad social; utilidad que no pretendemos medir desde mezquinos criterios de mercado que subvaloran la ciencia y menosprecian su carácter especulativo, sino desde la asunción del compromiso social del tiempo que nos toca vivir, de este tiempo en que las respuestas que brinden las ciencias sociales han dejado de ser sólo necesarias para volverse urgentes. Estos son los conceptos que nos llevan a indagar en temáticas tan diversas como las que se plantean para estas Jornadas, que incluyen desde la acción pedagógica de San José de Calasanz, y su fuerte compromiso social, hasta la formación no escolarizada de las unidades básicas peronistas en los años 50; desde los procesos sociales que se montaban en las escuelas de las colectividades extranjeras de fines del siglo pasado, hasta las más amplias concepciones que devienen de la Grecia antigua; desde Aristófanes o Isócrates hasta la pedagogía crítica de los años 60.

Todo ello no tiene más que un sentido: *el de la búsqueda*. Y es desde esta perspectiva, en que nos convertimos en la expresión de una sociedad que pretende proyectarse hacia el futuro, de una sociedad que debe ser capaz de superar en el tiempo sus fracturas históricas, más allá de las visiones apocalípticas que como dijéramos al comienzo pregonan el «fin de la historia», tras concepciones excluyentes, acabadas y definitivas.

Valga para finalizar, recurrir nuevamente a Gregorio Weinberg cuando finalizaba su ya célebre trabajo sobre los modelos educativos en la historia de América Latina, señalando que «*Todo parece indicar que la superación de muchos de los actuales desajustes, contradicciones e inadecuaciones del sistema educativo latino-*

americano, o de las relaciones entre éste y la sociedad, recomiendan la necesidad de encarar estudios penetrantes e imaginativos, que permitan elaborar 'modelos' teóricamente satisfactorios y prácticamente viables; desafío que hace ya bastante más de un siglo enunció vigorosamente Simón Rodríguez cuando escribió: 'o inventamos o erramos'».

PROF. LUIS JAVIER GARCÉS